

# *Azorín, primores cervantinos*

CÉSAR PÉREZ GRACIA\*

**C**onforme va uno devorando lecturas, unas veces a puro salto de capricho, y otras, que son las menos —no hay que engañarse—, con la vana idea o ilusión de perseguir una corza de plata, llega a entrever y columbrar que existen algo así como campos de afinidad entre autores dispersos en el tiempo. No se trata de identidades duplicadas, si tal concepto es válido, que creo que no. Es más bien una querencia o propensión, una forma de atisbar el mundo. Pasan los siglos, y personas alejadas por un milenio, coinciden en una minucia, cruzan el mismo río suben al mismo

monte o cima, se asoman a una ciudad desde la misma torre o la misma ventana. El tiempo ha pasado, pero se tiene la sensación y la certeza un poco frágil, de que flota un presente secreto, una redecilla o ley difuminada y preciosa de afinidad personal. ¿Es esto producto de una chifladura o tiene una minúscula semilla de razón? Bueno, pues como resulta que no tiene uno nada mejor que hacer, me dispongo a rastrear esta insensata idea en dos escritores españoles, unidos por una curiosísima y sutil afinidad misteriosa.

Todo el mundo sabe que, cuando se cumplió el tercer centenario del *Quijote*, hubo en Madrid lluvia de libros homenaje: Unamuno hizo su *Vida de Don Quijote y Sancho*, 1905; se publicó la biografía de Navarro Ledesma —mentor de Ortega— y Azorín regaló a los lectores de *El Imparcial* —dirigido por el padre de Ortega— su serie de artículos viajeros que formaron luego *La ruta de Don Quijote*, 1905.

El mozo Ortega se había estrenado con su reseña de la *Sonata de primavera*, de Valle-Inclán, pero en 1905 era todavía un filósofo precoz de 22 años, y guardó silencio cervantino. Es el decenio clave de la formación de Ortega, salta de la Tebaida cordobesa a la Tebaida germana y se convierte en un joven maestro para la propia generación del 98, se gana su respeto. Pero como el tiempo no pasa en vano, en 1915, fecha del tricentenario de la segunda parte del *Quijote*, Azorín publicó su segundo homenaje, la meditación-novelada *El licenciado Vidriera*, que en su reedición de 1941 acabaría llamándose *Tomás Rueda*. Es uno de esos textos que parecen invisibles o que pasan sin dejar rastro y se come el olvido. Azorín se sumerge en la novela ejemplar cervantina y medita sobre ella, piensa que es un ensayo de lo que sería la demencia del hidalgo, un tanteo, una exploración por otros derroteros, un hermano literario y casi gemelo de Don Quijote. Rueda es un licenciadillo de Salamanca que pierde la razón por obra de una Circe que convierte su cerebro, su sesera, en materia vidriosa. Un neurótico, diríamos hoy con ese desparpajo de Freud para cuadrangular la vida en una especie de ajedrez patológico. En el lenguaje coloquial hay buenos modismos sobre esos días en que uno anda destemplado y sin ver claro su rumbo. Está —se dice— de mírame y no me toques; está de uñas; está que pincha: lo pinchas y salta como un tigre.

Cuando uno tiene el día cambiado, torcido o negro, es menester dejarlo estar.

Azorín ha percibido en 1915 esa dolencia cervantina, que para él refleja con mayor nitidez la opaca razón de la locura quijotesca. Una cosa es perder la chaveta por leer muchos libros, vender la hacienda por los libros, que es lo que le sucede a Don Quijote, y otra bien distinta es caer enfermo de maldejo por el hechizo de una bruja. Tomás Rueda comete el error de dar calabazas a una hermosa tapada, antecesora de las majas de Goya, pero con un velo de hechizo morisco en su arte de nocturna seducción. Balzac tiene páginas espléndidas sobre una tapada o maja de 1808 en Madrid. Azorín también está hechizado por Cervantes, también es un Vidriera cervantino, un lector cristalino. Su admiración le durará siempre y sin altibajos, hasta sus libros *Con Cervantes*, 1947, cuando se cumpla el cuarto siglo desde el nacimiento del novelista de Alcalá de Henares, y *Con permiso de los cervantistas*, 1948. Julián Marías, que es autor de un *Cervantes* claro y razonado, ha escrito que Azorín ha sido el mejor lector y crítico del *Persiles*; novela semidesdeñada por la tradición. De modo que Azorín ha demostrado ser el mejor lector cervantino del siglo XX. El más fiel y tenaz, quizá incluso hasta más allá de la razón.

Pero hay un punto clave que prefiero no eludir o perder en esta modesta pesquisa. Es domingo, he madrugado y también yo tengo una brizna de vidrio en el ánimo. “*Rueda o la razón vidriosa*”, podría llamarse un ensayo sobre la sobria o grave patología literaria. Pero no es este el quid de esta indagación cervantina y azoriniana.

Ortega homenajeó al Azorín de *La ruta de Don Quijote* y al de *Castilla*, 1912 —publicado en serie de artículos en *Abc*— y le dedicó un ensayo certero, “*Primores de lo vulgar*”, 1917. Es la cima de la estimación de Azorín, ronda la cincuentena. Es el único de

los cuatro grandes del 98 que ha ironizado sobre sí mismo como pequeño filósofo, hacia 1904. Ortega percibe muy bien esa confluencia azoriniana entre filósofo libresco a la francesa —un Montaigne, un Diderot o Rousseau— y lector modernista cervantino. Una urdimbre personal bien bizarra en el panorama español. Y justo entonces, tras el homenaje a Azorín en Aranjuez a fines de 1913, se encierra Ortega a escribir sus famosas Meditaciones del Quijote, 1914. Es un libro tan radiante que nunca cesan de descubrirse hilos hipotéticos de precursores. Unos sostienen que fue su réplica al Unamuno de El sentimiento trágico de la vida. Una especie de sentimiento cervantino o tragicómico de la vida. Otros lo achacan todo a su neokantismo alemán, tomando como pretexto las páginas y centenario cervantino. Mera pose de su afán de germanizar o europeizar España. Yo mismo he tenido la audacia de considerar que Proust indujo a rastrear el bosque de la razón española. Ortega, filósofo proustiano. Y ahora le toca el turno acaso al precursor más discreto y callado de todos. No me parece aventura considerar que Ortega significa en sus Meditaciones una superación intelectual del estadio o cota del Azorín cervantino. Es un error pueril minimizar o desdeñar el papel de Azorín. Si uno lo lee con cuidado y calma necesaria, es sin duda el escritor más afín a Cervantes que hemos tenido. Es posible que su devoción le vidriase su prosa y sea su pasión por el genio, el precio que se paga con ser considerado como una momia viviente de biblioteca. ¿Quién era realmente el hombre Azorín? El más misterioso y mago de todos es Valle-Inclán. El propio Azorín nos confiesa que el autor gallego lo fascinó siempre. ¡Qué honestidad y grandeza de ánimo! Unamuno y Baroja son dos erizos con corazón noble e infantil. Machado hace una hermosa semblanza de Azorín, y lo retrata como un antiguo jacobino convertido en anacoreta sutil del paisaje español, un

Beruete en prosa cristalina. Castilla está dedicado a Beruete, el Corot velazqueño español.

Pero es necesaria la prueba, la cita radiante incrustada en una página de oro, capaz de estimular a un intelecto superior, para que el diálogo real tenga sentido. Alfonso Reyes llamó a Azorín “novelista contemplativo”, que es una forma de meditación novelesca, de ensayo recreador de un paisaje, un autor olvidado, una realidad emboscada o secreta. En un capítulo magistral de Castilla, “La fragancia del vaso”, Azorín recrea y revive el mundo de La ilustre fregona, el Toledo de Cervantes y El Greco. Incluso hay una prueba de convivencia entre ambos, el retrato que El Greco hizo al Doctor Fuente, citado para atender el parto secreto de la niña fregona, en la novela cervantina. Algo así como el Marañón del Toledo renacentista, en el que murió Castiglione, amigo de Rafael y una cima de la Italia renacentista. Que Castiglione y El Greco murieran en Toledo no es azar, es signo de la capitalidad europea de la denostada ciudad del Tajo. Sin olvidar, claro, a Garcilaso, que junto a Fray Luis es el mejor poeta del siglo XVI en España. Pues bien, ese capítulo fragante del Toledo de Azorín es espuela de oro suficiente para excitar y estimular al Ortega de 30 años. Bien está la ráfaga de Unamuno, bien la asimilación de Kant en sus años de estudio en Alemania, bien su lado francés y posible lectura temprana de Proust, pero sería imperdonable pasar por alto el estímulo capital, la presencia y lección viviente que Azorín representa para Ortega. De este modo, no es aventurado leer las Meditaciones como un ensayo sobre el Cervantes de Azorín, un precoz Primores de lo vulgar, desde luego para ir más lejos, para encarnar en una nueva prosa racional al filósofo en sazón que en las páginas de Azorín aflora como dubitativo y sinuoso, como pequeño filósofo cervantino que ha ido creciendo en holgura intelectual y

literaria hasta llegar a ese Toledo de 1912, y hasta su recreación de Vidriera en 1915, en el que nos atrevemos a captar a su vez, el influjo orteguiano de un nuevo Cervantes que recobra y retorna a una página de Azorín. Viaje de ida y vuelta. Ortega se impregna del Cervantes azoriniano para cometer su escalada o exploración del bosque cervantino en las Meditaciones, y el propio Azorín se empapa y esponja en el libro orteguiano para escribir su Vidriera, y a su vez, ahondar hasta el colmo de la agudeza serena azoriniana para reflexionar sobre todo lo divino y humano como un pequeño Montaigne que, gracias a Ortega, alcanza su cota de oro, su plenitud de Azorín total. En 1913, Azorín dedica su libro Los valores literarios a Ortega, un autor inédito ya considerado como un igual a los maestros del 98. Pérez de Ayala lo retrata también en 1913 en Troteras y danzaderas. Lafuente Ferrari evocará sus clases en 1915 en el viejo caserón de San Bernardo. Un mozo al que iban a escuchar los doctos ya venerables y los más jóvenes. Tal era su seducción oratoria. Hasta el propio Unamuno sostenía que si el Ortega escritor era brillante, como orador era prodigioso. He ahí una prueba evidente de cómo el 98 se percató de quién era el grave meditador de El Escorial. Un aerolito de plata en la España de 1914, que durante dos decenios derramó belleza intelectual a diestro y siniestro.

Pero veamos cómo escribe Azorín en su Vidriera o Tomás Rueda de 1915. “¿De qué manera un autor antiguo que Tomás lee puede crearle una realidad interior? Pues así es, en efecto. No porque Tomás le copie e imite; la imitación no serviría de nada. Sino porque, colocándose Tomás en el mismo plano, trata de polarizar todas las cosas en el mismo sentido, y obtiene, no una obra análoga —no se trata de eso—, sino una corriente interna que le permite avanzar en la vida y desenvolverse en ella...”

A mí se me antoja una página de oro y la prueba palpable o legible de esa ida y vuelta del cervantinismo entre Azorín y Ortega. Un diálogo literario de primera magnitud. Azorín ya reflexiona aquí como un orteguiano. La imitación es estéril, nos dice. Al leer a Cervantes —un autor antiguo— tenemos u obtenemos una realidad duplicada interior. Somos, soy yo y el autor antiguo formando un punto de vista nuevo y único. El resto del pasaje es precioso. Certero. Un haz de intuiciones azorinianas que parten del nivel Ortega. Habla de colocarse en el mismo plano —casi como entrar en las Meninas o adentrarse en los encinares de Cervantes— y una frase mágica —polarizar todas las cosas en el mismo sentido—, y gracias a ello, a esa perspectiva nueva, lograr entrar en una corriente interna que permite avanzar en la vida y desenvolverse en ella. ¿No es admirable ese párrafo del Azorín de 1915? ¿No está entero Ortega en esa reflexión y evidencia de que el pensamiento se improvisa?

Es casi alucinante en su pasmosa concisión ese aforismo azoriniano: la imitación no serviría de nada. Se pisa idéntico suelo o paisaje que Cervantes en La ruta de Don Quijote o en el Toledo de la “Castilla fregona” —si se me permite el humor cervantino— o en la Salamanca de Vidriera, pero no somos simples copistas o peleles papanatas que se extasían ante el fulgor de un precursor genial —un Greco o un Cervantes, un Velázquez o un Quevedo o Gracián—, sino que somos ensayos de polarización de un paisaje histórico concreto, estamos en el mismo río pero a hora o siglo distinto. Un río de luz literaria que nos permite avanzar en la vida y desenvolvernos en ella. ¿Cómo no agradecer a Azorín y Ortega tales lecciones de orientación radical en el país heredero de Cervantes? ¿Cómo silenciar que Julián Marías me ha puesto en la buena pista y senda de tales destellos de racionalidad

literaria o de espléndido pensamiento literario? Mientras haya escritores españoles de ese calado —Cervantes, Azorín, Ortega, Marías—, nuestro idioma y nuestra cultura se podrán eclipsar mil veces, pero tarde o temprano resplandecerá la luz de la verdad literaria. Cervantes nunca se ha ido. Sigue dormido en sus libros. Gracias a Azorín, sabemos que al leerlo somos espejos radiantes de un genio. La proeza es suya. El lector es siempre surco de futura semilla.

Una última pesquisa. En su Tomás Rueda, Azorín prolonga la estela cervantina hasta Galdós y Baroja. Su generosidad era tremenda, pero me choca un poco ese legado en tales manos. Borges no habría dudado un segundo —narcisismo argentino— en escribir e inscribirse en tal secuencia de oro —Cervantes, Unamuno, Borges—. Pero Azorín es de una modestia extraña. El hombre invisible. Prefiere legar esa estela en manos de Galdós y Baroja. ¿Por qué lo hace?

He recordado, de repente, una preciosa página de Azorín en Clásicos y modernos. Nos recuerda de pronto que Clarín cavilaba y soñaba con escribir, en el ocaso de su vida, un comentario sobre el Quijote, que sería la obra capital de su vida. Los españoles todavía no hemos asimilado la colosal sombra de la novela cervantina, capaz de atenazar los dos o tres siglos posteriores. Jovellanos lee el Quijote y medita a lomos de mula, eterno viajero dieciochesco. Lo propio hace Mor de Fuentes, y el trotamundos Moratín en Inglaterra e Italia. Pero Azorín nos transmite el hechizo cervantino de la Restauración. El 98 ha sentido una punzada nihilista, devastadora, con la lectura y descubrimiento de Nietzsche y su maestro Schopenhauer. El precursor de estos oráculos tronantes del romanticismo alemán ha sido un jesuita aragonés —un Aquino de la España barroca—, Gracián. Unamuno, Baroja y Azorín han tenido o pasado la fiebre de

Zaratustra. Pero todo fervor calcinante conduce al hastío y el 98 acaba por templar sus ímpetus en el sereno arroyo cervantino. Azorín es el más hechizado por esa idolatría fecunda. Nos recuerda la pasión cervantina de Clarín, pero añade algo más, que se me antoja crucial: “Leopoldo Alas veía que sólo un español podía acometer la empresa por él ambicionada: don Juan Valera”. Azorín tiene sus dudas sobre Valera o Clarín para tal empresa, pero deja testimonio de ellas. No aparece allí Galdós por ningún sitio, ni Menéndez Pelayo. La vida pasa, pasa un siglo como un soplo, y las preguntas quedan en el aire. Escritas en el aire. No en el agua. Contra lo que dice el mezquino adagio, las palabras no se las lleva el aire, el viento. No se lleva todo un Boreas al Coloso de la Mancha. Y su sombra es a la vez, cálida y acogedora para sus infinitos lectores, y perturbadora y desazonante para los novelistas o escritores españoles o europeos. Se dice que Faulkner leía todos los años el Quijote. Mann lo leyó en su travesía de destierro hacia América. Nabokov lo explicó en Harvard.

Todavía en Clásicos redivivos, 1945, Azorín hace un tour de force emboscado en divertimento libresco. Son apenas cuatro páginas que demuestran una vez más el dictum de Gracián —más valen quintaesencias que farragos—. Nos pinta Azorín, en cuatro trazos de prosa minuciosa, a un frustradillo dramaturgo del Madrid copado por Benavente —Nobel en 1922— que malvive arrinconado en el café Lion d’Or, que se llama don Miguel, pero que por el tonillo zumbón podría ser don Miguelito. Azorín logra darnos un cuadro muy sugerente. Pensamos en otro don Miguel sin mucho éxito en el teatro, Unamuno. Por no hablar del irrepresentable Valle-Inclán. Lope y Benavente son el juego de espejos entre el Madrid de 1600 y el Madrid de 1925. Lleva este pobre hombre un recio manuscrito en el bolsillo del gabán. La historia de un loco. Los

editores le dan largas. Es un estoico y aguanta lo que le echen. Vive con una hermana y la casa es una escandalera perenne. ¡Qué vida!

El propio Azorín ha sido un Vidriera viviente y prodigioso. Ortega ha sido el máximo lector intelectual del siglo XX español, el más abierto y atento y veraz. Pero el máximo lector de literatura en sentido estricto ha sido Azorín. Y sobre todo, el lector más cervantino, capaz de contagiar ese fervor a Ortega. Azorín vivía a dos pasos de la glorieta de las Cortes, donde se alza la estatua de Cervantes. En pleno corazón de ese Madrid bullicioso y recoleto en el que convivieron el monstruo Lope y el oscuro Cervantes. A dos pasos de los corrales de las comedias —ahora Teatro Español— y de la calle Atocha, en la que se imprimió el mayor tesoro de España. Esa novela que es la Biblia de Azorín y de Ortega. De su sombra fulgurante somos motas de oro, lectores fervorosos.